

Breve Catequesis sobre el Infierno en 20 puntos

Nelson Medina, O.P.

1. El infierno no es un sitio físico que podamos localizar como se localizan las galaxias, los planetas o el centro del planeta tierra. Indica en cambio una condición extremadamente dolorosa e irreversible a la que pueden llegar los seres dotados de voluntad si se resisten al amor y la amistad de Dios. Los seres capaces de actos voluntarios son los ángeles y los hombres. Sabemos que una parte de los ángeles se ha rebelado contra Dios y por eso sabemos que lamentablemente el infierno sí tiene habitantes, a saber, por lo menos esos ángeles caídos a los que también llamamos demonios. La Iglesia nunca ha definido si es dogma de la fe católica afirmar que hay personas humanas condenadas, cosa que sería irreversible, pero la gran mayoría de los teólogos y escritores espirituales piensan que efectivamente es así, es decir, que sí hay seres humanos en el infierno.

2. Hay que aclarar que la palabra "infierno" no ha designado siempre el lugar de los condenados. En su origen indica sólo lo que está "debajo" porque es común el pensamiento de que los muertos "descienden," cosa muy natural al ver el destino de los cadáveres. Cuando profesamos en el credo que Cristo "descendió a los infiernos" no estamos diciendo que cambiara la situación de los condenados, en el sentido preciso de "condenación" que presentamos más adelante, sino sólo que el triunfo de su pascua afectó decisivamente a muchos de los que habían muerto.

3. Seamos claros también en afirmar que la enseñanza sobre el infierno no tiene el propósito de producir miedo sino todo lo contrario: que vivamos de tal manera que nada tengamos que temer. De hecho, es deber de los predicadores, y en particular de los sacerdotes, recordar periódicamente la realidad del infierno y el hecho de que nuestros pecados, especialmente si son graves y continuados, son un camino que conduce hacia ese destino. Es irresponsable que un sacerdote evite hablar de estos riesgos que acechan a las almas solamente porque son temas dolorosos o controvertidos. El propósito no es hacer polémica ni causar incomodidad sino recordar que Dios nos ha amado en serio y que nuestra

respuesta a su amor tiene también una dimensión de responsabilidad y de seriedad. Nada es tan serio como nuestro destino eterno.

4. Para describir la realidad trágica de la condenación eterna los predicadores y maestros de la fe han utilizado muchas imágenes basadas sobre todo en la Sagrada Escritura. La más común es la de un fuego que no cesa de atormentar. Esta imagen no se refiere a una reacción química ni alude a una propiedad física de las almas o los cuerpos de los condenados. Lo que nos quiere indicar es que hay un dolor continuo, envolvente, penetrante. Por supuesto, este dolor es mucho peor que cualquier clase de fuego que podamos imaginar. La realidad es mucho peor que la imagen. Muchos cristianos sienten que semejante condena eterna es opuesta a la predicación sobre el amor de Dios pero un examen detenido y sereno muestra que no es así.

5. El amor de Dios ha salido a nuestro encuentro y al encuentro de toda persona humana, pues el sacrificio de Cristo en la Cruz quiso precisamente eso: restaurar a la humanidad caída. Podemos decir que Dios nos ha "perseguido" con su misericordia en esta vida. Convertirse es "dejarse alcanzar" por ese amor, como dijo san Pablo (Filipenses 3,12). Dios no sabe ser de otra manera. Ese amor, sin embargo, es detestable para los demonios y también para quienes tristemente quieren asociarse a los demonios. El amor divino les resulta detestable porque aceptar el amor es aceptar el reinado del amor y ello implica renunciar al imperio de la propia soberbia. Admitir el amor de Dios es admitir que necesito a Dios y para eso tengo que dejar de creerme un dios. Este es el paso que Satanás no puede dar porque prefiere encerrarse en su soberbia.

6. Podemos afirmar que Dios sigue "persiguiendo" con su amor misericordioso al demonio, en la medida en que Dios no ha cambiado su naturaleza, que es amar. El perpetuo y absurdo rechazo a ese amor hace eterno al infierno. No es que Dios sea obstinado en castigar. Dios sólo es obstinado en amar. Pero el demonio, y quienes siguen su estilo de soberbia y "auto-endiosamiento" no quieren recibir ese amor pues ven en eso su "derrota." Es esta segunda obstinación la que hace que su pena no tenga fin.

7. Aquí hay que tener en cuenta la relación que los ángeles y que nosotros, seres humanos, tenemos con el tiempo. No debemos imaginar la eternidad como un reloj que nunca se para. La eternidad no es un tiempo larguísimo sino un modo de existencia que no está sujeto al tiempo. Los ángeles, por ejemplo, buenos y malos,

no han sido creados sujetos a este tiempo nuestro. Es asunto complicado y difícil saber si en ciertas circunstancias existe alguna clase de tiempo para ellos. Lo que sí sabemos es que cuando ya no hay más tiempo tampoco hay posibilidad de cambio en la voluntad. En el proceso de morir el ser humano no está dejando solamente esta forma de existencia sino que está dejando para siempre la posibilidad de cambiar su voluntad. Si esa voluntad se aparta trágicamente del amor y servicio de Dios, si se aparta del auxilio de la misericordia, que Dios no cesa de ofrecer, entonces su voluntad queda, como la de los ángeles rebeldes, endurecida en rechazar para siempre a Dios. Y Dios no dejará de amar, pero también en este caso, será como un amor que estos pobres desventurados siempre rechazarán. Así ellos mismos hacen eterna su condena.

8. Dios no ha predestinado a nadie, ni ángel ni hombre, para la condena eterna. Predestinar significa aquí haberlo creado con el propósito de que se condenara. La intención de Dios al crearnos como seres dotados de inteligencia para conocerle y voluntad para amarle y servirle, es que podamos participar de los bienes que él tiene por naturaleza. Es más perfecto amar en libertad, como amamos los seres humanos, que amar sin libertad, como la flor que no puede dejar de buscar el sol o la vaca no puede dejar de buscar el agua que clama su sed. Es maravilloso amar en libertad pero entraña un riesgo que Dios ha querido correr, por usar esa expresión. Santo Tomás dice que es más perfecto un universo donde cabe decirle no a Dios, aunque algunos lleguen a decírselo, que un universo en el que todos estuvieran obligados por su naturaleza a decirle siempre sí. En este sentido, creándonos libres Dios abrió la posibilidad de que le dijéramos que no, e incluso que nos obstináramos en ese no. Pero su presencia, manifiesta en las obras de la creación, en la voz de nuestra conciencia y sobre todo en la predicación de los apóstoles y profetas, no quiere otra cosa sino que con libertad y prontitud le demos un sí resuelto y amoroso.

9. Por eso puede resumirse bien este tema diciendo que el infierno es verse privado de Dios. Es una situación que no podemos imaginar y que es mucho peor que la aniquilación, es decir, mucho peor que si la creatura rebelde sencillamente desapareciera volviendo a la nada. Lo que no existe nada percibe. Los que existen, así tengan su existencia oscurecida por el pecado, no pueden dejar de percibir de alguna manera para qué bienes fueron creados. Este es un dolor torturante e incesante, porque el deseo de Dios no es algo que nosotros nos hayamos inventado; es algo que nos viene por ser creaturas suyas; algo que él mismo ha puesto ahí y que existirá mientras nosotros existamos. El infierno es un ansia

infinita pero siempre insatisfecha y la conciencia de que jamás llegará alivio alguno.

10. El infierno es también una prisión, peor que cualquier prisión que imaginemos. Las prisiones de esta tierra limitan de afuera hacia adentro, es decir, infligen su castigo dejando siempre un margen de libertad interior. Esto lo han demostrado los grandes héroes que han podido sobrevivir a los campos de concentración, por ejemplo. El infierno es una prisión interior. Es algo que amarra el corazón y que no le concede tomar la dirección correcta porque, como hemos explicado, lo mantiene atado a un acto absurdo y frustrante de auto-adoración imposible, y así deja siempre con más hambre y sed al corazón. Esta sensación de prisión interior es peor que la peor desesperanza que se pueda experimentar en la tierra, porque no tiene ningún tipo de consuelo.

11. El infierno es la casa misma del terror. Allí donde nada bueno puede ya esperarse sólo se espera sin cesar lo peor, aunque sin saber hasta dónde puede llegar lo peor. Esta ansiedad infinita, este desasosiego interminable no puede compararse a nada que conozcamos en esta vida. Cuando la gente se siente en el colmo de la angustia piensa por ejemplo en suicidarse porque cree que dejando de pensar en sus males descansará. En el infierno no hay suicidio. No hay descanso del sueño o de la noche. No hay posibilidad de oír un relato distinto. No hay espacio para la fantasía, y ninguna de las adicciones con que tratamos de escapar a veces, tales como las drogas o el alcohol, tiene poder allá.

12. El infierno es un lugar absurdo. Con gran sabiduría dijo San Agustín de Hipona que si hubiera una explicación para la maldad no sería tan mala. Mucha gente encuentra consuelo cuando por lo menos puede explicar su situación. Boecio escribió su obra sobre La Consolación de la Filosofía en este sentido, porque el ejercicio de nuestra racionalidad nos ayuda a encontrar un orden y un sentido en las cosas. Pero rechazar la luz divina que todo lo ordena, ¿a qué conduce sino a un reino de confusiones, una especie de perpetuo baile de máscaras donde nada significa lo que parece y ninguna voz es de fiar? En tal circunstancia la inteligencia queda humillada y torturada sin poder comprender ni preguntar. La conciencia se vuelve un muñón que acusa sin cesar. La memoria repite una y otra vez las escenas de las oportunidades perdidas, no para engendrar arrepentimiento sino sólo ira y deseos estériles de autodestrucción.

13. En el infierno no se sabe si es peor la soledad devastadora o la insoportable compañía de los otros condenados. Soledad porque, como hemos dicho, en el infierno impera sólo la confusión y con ella la mentira, lo cual impide toda posibilidad de comunicación o de desahogar el corazón con alguien. Insoportable compañía, porque allí sí aparecen finalmente todos los efectos del pecado. Ya no hay maquillaje. Los corazones aparecen brutalmente expuestos y a la vez desfigurados, con toda su carga repugnante de egoísmos, engaños, obscenidad, violencia. La vergüenza de sí mismo se entremezcla con el cinismo de los otros. El espectáculo horrendo no se detiene ni tiene vacaciones.

14. En el infierno se experimenta el peor de los desengaños. Satanás, primero entre todos los rebeldes, muestra allí qué significa servirlo a él y los condenados aprenden muy pronto qué terrible error ha sido ponerse al servicio de tal déspota. Pero dejarlo implicaría reconocer el error, humillarse, arrepentirse, y eso es lo único que las voluntades prisioneras del orgullo no quieren hacer. Y es tanta la intensidad con que no lo quieren que tampoco lo pueden.

15. Jamás y por ningún motivo le podemos desear el infierno a nadie. Hay que tener un corazón muy ignorante o muy perverso para desearle el infierno a alguien. Si por desgracia hemos dejado entrar en nuestro vocabulario expresiones como "vete al infierno", "al diablo contigo" o parecidas, hoy es el día para desterrarlas para siempre. Lo que a nosotros nos corresponde es vivir, orar y dar testimonio de tal manera que, de ser posible, nadie vaya al infierno. Algunos santos han tenido visiones sobre el infierno y sus palabras severas nos muestran todo lo que está en juego cuando hablamos de condenación eterna.

16. Es completamente diferente la situación de quienes están en el purgatorio y de quienes llegan al infierno. En el purgatorio hay esencialmente una buena noticia, una salvación que ya es segura aunque todavía tarde un poco. Hay dolor, hay un "fuego" pero es fuego que limpia y prepara para el gozo del encuentro definitivo con el Amor más grande. Quienes llegan al purgatorio esencialmente quieren estar con Dios, aunque se hallen en condiciones que por un tiempo aplazan este encuentro; es una situación completamente contraria a la de los condenados, pues en ellos, como ya se ha explicado, estar con Dios significaría su derrota. Así lo estiman ellos y por eso prefieren huir de la posibilidad de la misericordia.

17. Podemos orar para que nadie se condene pero no caben oraciones por los ya condenados. Aún en el caso de los peores pecadores o psicópatas que el mundo ha

tenido es posible decir una oración pues no sabemos si acaso puedan estar en el purgatorio. Lo que no cabe es decir a Dios que salve a los condenados o que convierta a los demonios, no porque le falte amor o poder o Dios, sino porque, como hemos explicado, Dios los ha creado libres y tendría que contradecirse a sí mismo y deshacer esa libertad para hacer con ellos lo que ellos rechazan completamente. Por eso no oramos por los condenados ni por el demonio, aunque siempre intercedemos para que nadie caiga bajo la seducción del maligno; y si alguien ha caído, rogamos que sus ojos se abran a la luz, se arrepienta a tiempo y sea salvado.

18. Muchos critican la enseñanza sobre el infierno diciendo que eso se opone al amor de Dios. Ese punto ya lo hemos explicado porque el amor divino no es el que ha creado la rebelión que rechaza ese mismo amor. Otros dicen que una persona en el cielo no podría tener verdadera felicidad si uno de sus seres amados se ha condenado. Esta objeción es humanamente muy entendible pero a ella también es posible responder. Ante todo, nadie ama tanto a los condenados como Dios. No vamos a decir que nuestros afectos humanos son mayores que su amor desbordante, irreversible e incomparable. Cuando Dios mira hacia ellos no los mira deseándoles mal; en ese sentido no es tanto con ira sino con compasión. Los mira como el papá que vio salir de la casa al hijo ingrato y ve ese camino que el hijo ha recorrido como un camino que él mismo ha querido llenar de luz y de todo género de señales de retorno. Es esa senda de amor ofrecido la que está a los ojos del que ha dado tantísima bondad. Como un punto que ha huido insensatamente hacia el horizonte de la nada, aunque sin alcanzarla jamás, el condenado ha dejado detrás de sí la estela de todo lo que se hizo por él, y por eso no quita la paz en quienes lo han amado de veras.

19. Otra pregunta tiene que ver con aquel texto de San Pablo, que anuncia que Dios es "aquel que llena todo en todos" (Efesios 1,23). Parece imposible un infierno eterno si Dios lo llena "todo." En realidad, si se interpretara ese texto como una forma de excluir toda huella de maldad, para así decir que al final no habrá infierno, habría que sacar antes la conclusión de que en la creación y la historia humana no ha debido haber nunca ningún pecado, pues lo que se afirma aquí de Dios no es algo que tenga que quedar reservado al futuro, como se comprueba al mirar el contexto. Algunos predicadores han dicho por ello que, así como los colores oscuros y el negro mismo tienen su lugar en la pintura, así también, en la obra inmensa de la creación y de la historia, hay notas de profunda

oscuridad que sin embargo no eliminan sino que resaltan la majestad, la compasión y la sabiduría del autor de todos.

20. En resumen, pues, no debemos perder la paz, aun sabiendo que estas realidades tremendamente trascendentes nos rodean. Si son grandes los riesgos, no es menor sino mucho mayor que ellos Aquel que puede, sabe y quiere ayudarnos. Las palabras del apóstol San Pablo conservan toda su fuerza y su luz serena: "Entonces, ¿qué diremos a esto? Si Dios está por nosotros, ¿quién estará contra nosotros? El que no eximió ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos concederá también con El todas las cosas?" (Romanos 8,31-32). Y también: "Cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón, es decir, la palabra de fe que predicamos: que si confiesas con tu boca a Jesús por Señor, y crees en tu corazón que Dios le resucitó de entre los muertos, serás salvo; porque con el corazón se cree para justicia, y con la boca se confiesa para salvación" (Romanos 10,8-10).

+